



Bastaba mirar las lágrimas de varios de los miembros de la comisión ejecutiva, cuando Felipe González anunciaba su decisión, para entender la relación psíquica que existe entre este hombre y sus partidarios.

sus orígenes franquistas, da la mano a los comunistas sentando las bases de una potencial colaboración política.

Este dato, en vez de apoyar a UCD, da poder al PCE; y esta previsión, en vez de configurarse como una política de sostén y recambio de UCD, empieza a configurarse como alternativa al sistema; es la que trae de quicio la coyuntura política y obliga a los socialdemócratas a precipitar prematuramente su asalto a la dirección plena del PSOE, venciendo la enorme resistencia de sus bases con la explotación del carisma de Felipe González. Porque hay la necesidad de eliminar todo aquello que aún molesta a la derecha. De ahí que, aunque no se haya explícitamente tocado la política concreta, este Congreso haya sido uno de los más políticos. Y es que detrás de toda esta cuestión semántica aparece el intento de llevar al PSOE hacia un Gobierno de coalición con Unión de Centro Democrático-Alfonso Guerra, en las vísperas de este caótico Congreso, ya se refería a la hipótesis de entrada en el Gobierno antes de

que finalicen estos cuatro años— y de congelar el pacto municipal con el Partido Comunista de España.

Y es que en la inestable situación política española el PSOE parece abocado, a no ser que varíe sustancialmente el panorama, a tener que estrechar sus relaciones con el PCE a través de la formulación de un pacto de legislatura entre los dos partidos de la izquierda o a sostener de un modo u otro a Unión de Centro Democrático. Quizá lo que hemos presenciado estos cuatro días forme parte de una operación de más amplio vuelo y el definitivo desalojo de Carlos Marx de Joaquín García Morato, 165, no sea más que el prólogo de esta global maniobra que tiende a estabilizar el grave desequilibrio inestable político-económico existente. Que lo logre es harina de otro costal. De momento, no se puede hacer más que anunciar que Carlos Marx ha perdido una de sus dos direcciones en Madrid. Para los marxistas no queda ya más que una dirección: Castelló, 36. ■ F. L. A. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

BIZANTINOS DE MARX

LOS debates europeos —y españoles— sobre el marxismo y el leninismo transcurren ante la reflexiva atención, la meditación y el juicio de personas que no han leído en su vida a Marx ni a Lenin. Apasiona profundamente a los ignorantes. Si se pide a estos observadores, de la derecha o de la izquierda, qué opinan ellos del abandono o la adhesión del marxismo, de la continuidad o la interrupción del leninismo, se obtendrán extrañas conclusiones. Para muchos, abandonar el marxismo supone girar hacia la derecha; renunciar al leninismo, renunciar a la revolución. Esta será una de las reflexiones menos ignorantes. Para los observadores de la derecha el tema significa todavía menos: lo consideran toda una trampa. Son opiniones que emiten hasta esos sesudos varones de la prensa que se conservan en las cuevas mejor guardadas de los periódicos y que llaman editorialistas. "Bien pensadas las cosas" —dice uno de ellos, a quien sin duda se abona un salario por pensar y que define esa función de bien pensar como dedicar a las ideas "un razonable detenimiento y alguna profundidad"—, resulta que el abandono o no del marxismo "no encierra interés superior al que pueda suscitar una discusión bizantina". Recordemos lo que significa "discusión bizantina": discutan los bizantinos sobre temas tan sutiles sobre el sexo de los ángeles o cuántas de estas finas criaturas podrían caber en la punta de un alfiler cuando llegaron los infieles y los acogotaron a todos.

Así, el debate sobre el marxismo —en el que tampoco se explica qué es lo vivo y lo muerto de Marx— se desarrolla entre una izquierda preocupada, irritada y dividida y una derecha burlona y escéptica, que de todas formas no acude al planteamiento. Había pasado algo parecido cuando el PCE discutió el tema del leninismo. Cuántos ejemplares de "El capital" caben en la cabeza de un alfiler o cuántas de Lenin en la punta de una hoz son excelentes temas para la división de la izquierda, para la ruptura de los partidos y la desesperación de los electores. Pero el tema no va a hacer variar los ficheros de "los de siempre", ni va a entrar en cuenta en los computadores de la CIA o del Pentágono. No parece que Pinochet se apasionara mucho por el tema, por los conceptos de Allende o por su sistema de revolución en la legalidad al poder. Tampoco interesó excesivamente a los que enviaron los tanques del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia cuando Dubcek y sus intelectuales hacían sus consideraciones acerca del "socialismo en libertad".

La derecha, aquí, no ha abandonado todavía a Felipe II, ni siquiera a los Reyes Católicos. A veces parece que la derecha universal no ha abandonado al fiero hombre de Cromagnon. Ni se ha molestado en buscar al eslabón perdido (cuando encuentra al señor Sudrez parece desdeñarle). Conviendría escuchar a sus editorialistas. Incluso a los del "Washington Post": son discusiones bizantinas. ■

POZUELO